LAS ANJANAS

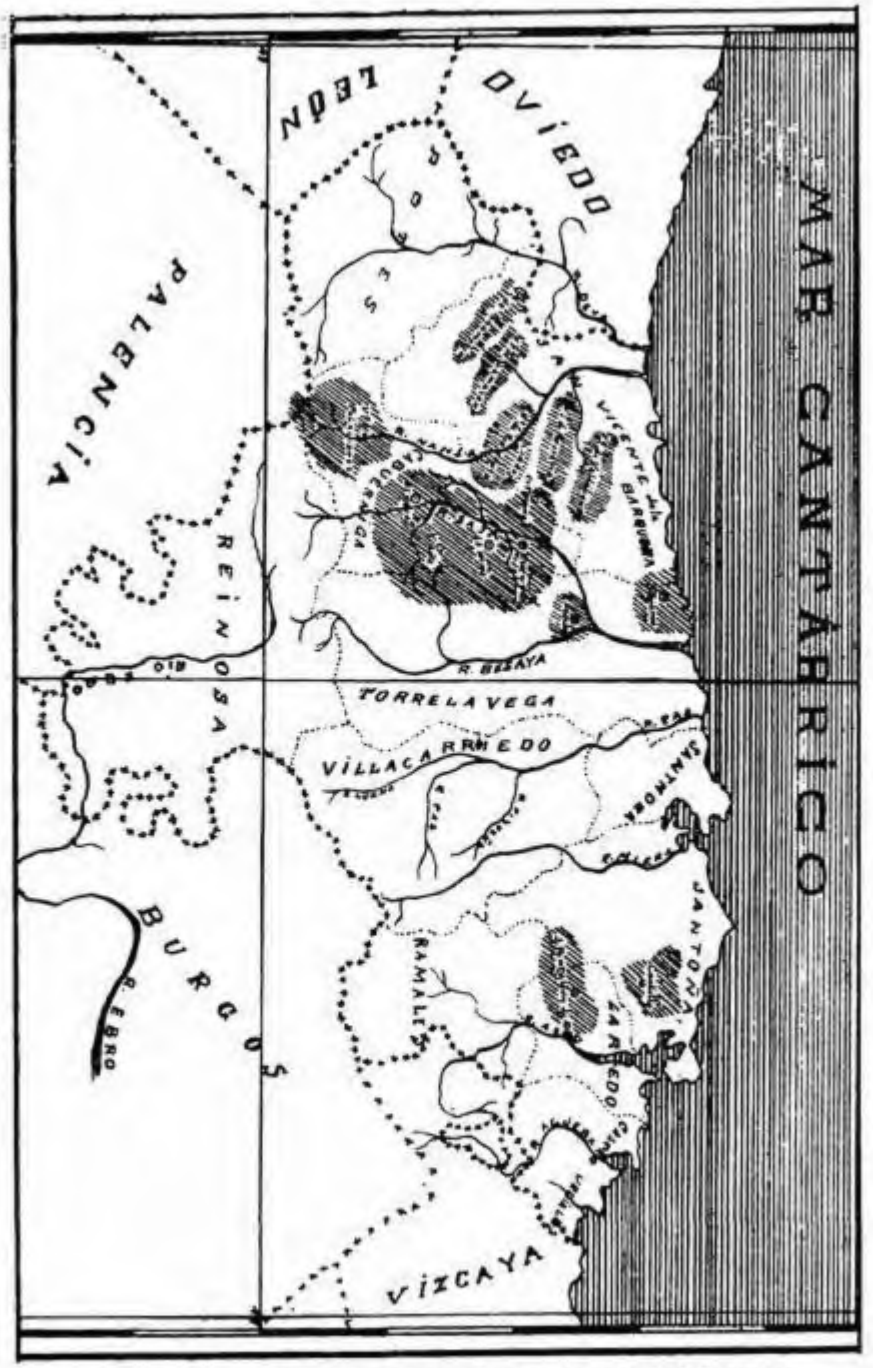
Procuramos caracterizar, con un tono lírico que no quisiéramos excluyera el rigor más exigente en la autenticidad de las fuentes populares utilizadas, las míticas anjanas familiares a la imaginación de los aldeanos montañeses. Ordenamos los datos a ellas referentes, y al final reproducimos los textos con su precisa localización.

Como complemento de este modesto trabajo, preparamos un estudio en el que pretendemos estudiar las analogías de estas hechiceras con las de la mitología del resto de España y otros países.

COLORES...

Colores pródigos y buenos de la Mitología montañesa. Rojo, azul, verde, amarillo, ceniciento en anjanas, ojáncanos, trentis, cuegles y caballos del diablo. Color de erizo mustio, color de lastra, color de estamaña. Bermejo de corteza de alisa, estrellitas de plata, azul de cielos serenos, manchones de bancal lleno de sol, retazuelos de cambera, de haza, de alcatifa de heno y de escajos con exornos de flores amarillas. Todos los colores en esta mitología cántabra de ribera, de cumbre, de aires, de linfas, de tinieblas y relámpagos, de ruinas y rebujales, de campos y silos, de sobrados y corredores, de bosques, praderas y nieves...

Es peregrino y delicado este aderezo del color en los rostros, en las cabelleras, en los mantos, esclavinas, capas, vestes y briales de nuestros mitos. En el rojo motitas negras y leves, enrejados azules como esperanza en amargura. Luceros de oro en blanco de flor de saúco. Rayitas bermejas, delgadas, con pespun-



Distribución geográfica del mito de las Anjanas en la provincia de Santander.
(Lo sombreado indica los valles donde el mito se ha perpetuado).

tes morados en verde intenso salpicado de rubio. Color de tronco de castaño de muchos estíos en lienzo alegre de romería. En el negro cintas y mariposas amarillas, pardas, coloradas, como enervando la pesadumbre del luto con alas apacibles y haces de rosaleda. Sombrío de alterón rocoso, señero, calvo en grato optimismo de mies, bajo alas de azores, de malvises y pisonderas. Estas mismas alas con otras de palomas, de golondrinas, de gallinas pedresas en manto suave, pajizo, sutil, con alguna desgarradura y recosido de hilo misterioso que parece hebra de rayo de luna. Surquitos y lombillos, pinceladas, garabatos y manchas de color de limón, de envoltura de nuez en agraz, de albenda de Pascua, de piesco maduro, de laurel mústio, de espino descortezado en severas vestiduras de brujos trashumantes, amigos de las mozas, de las ollas de miel, de los cuencos de leche que dejan los pastores al relente de Palombera, con cuajo de cordero. Un color «que paez hechu con peazos de estrella, de granizu y de lumbre, too regüeltu como la harina, el agua y la levadura». Otro color «que paez de claveles y de campanillas y peazos de nubes cuando el sol amanez». Color de ascua «enrojecida» en el ojo del ojáncano descomunal. Color de lucero en las pupilas de la anjana, que enseña «los güenos caminos, los güenos pensamientos, las güenas alegrías, los güenos alivios». Color áspero de rozada en los cabellos del cuegle que devora los rebaños. Centelleo y resplandor sobre las sienes del hada que siembra «sartas de corales y monedas relumbrantes» en las veredas de pastoras y mendigos. «La anjana mira como las corderas que acaban de nacer». El ojáncano «como la loba que encuentra la cueva vacía cuando tien las ubres llenas».

Más colores, más colores en los bordones, en las picayas, en las sandalias de piel de comadreja, en las alforjas, en los pañuelos, en las sortijas, en las ruecas, en los acericos, en los odres, en las pestañas, en el semblante, en la dentadura de los mitos cántabros. Color de llabaza, de ortiga, de púas de hoja de acebo, de «harina sin cerner», de hierro viejo, de calabaza roteña, de escoria de fragua. Hay un mito que aparece entre llamas de cinco colores: rojo, negro, amarillo, verde, azul. Las lumbraradas echan chispas «que paecen gotas de sangre». Después las llamas se tornan blancas y más tarde negras como «nubes de

tronada». Otro mito castigado a andar eternamente—¿reminiscencias de la leyenda del judío errante?—deja huellas negras en los caminos claros y huellas blancas—moradas en el calcañar—en los senderos oscuros. Viste un hábito de color de ceniza con ribetes dorados y levísimas transiciones azulinas. Su báculo es de fresno. Y de salce la cruz que lleva clavada en el pecho, bajo las barbas hirsutas «que son apaecías a las yerbas secas»...

Siguen los colores de malvas, de manzanillas, de margaritas, de plumas de tórtola. Berrugas en el rostro del ojáncano. Unas parecen granos de maíz. Otras, endrinas verdes. Otras, moras y brunos sazonados. Rayas y arañazos en las piernas recias del cuegle. Rayas cárdenas, sangrientas, verdinegras que se entrelazan como arabesco de mosaico y líneas temblorosas de jarra vieja de mesón. Juegos, retozos y orgías de todos los colores, de todos los matices. De umbrías y resoles, de penumbras y destellos, de livideces hórridas y carmines de maravilla en esta mitología ingenua, de infancia, que trasciende a cosas buenas del espíritu en años de sosiego.

Mariposas encarnadas con rayezuelas de color de teja mojada de lluvia suave. Traen en sus alas muchas alegrías y muchas prosperidades para los niños que no rompen las blusas, ni saltan las bardas de los huertos, ni enredan en la iglesia. Negro en blanco. Rojo en azul. Amarillo en verde, como símbolos singulares de dolor, de inocencia, de esperanza, de escasez, de fertilidad. Es opulenta esta característica externa de nuestros duendecillos, de nuestros gigantes, de nuestros cíclopes, de nuestras hechiceras. Uno se pasma ante estas concienzudas y rústicas descripciones del color que la ortología regional hace pintorescas, dulces, amables. «Tien unas cejas muy majas, de la color de las campanillas cuando empiezan a ponerse mustias.—En la mano derecha tien una estrella lo mesmu que el oru, con unas chispas apaecías a la tela que tapa los altares por la Semana Santa.—Las melenas son turbias como la nieve pisá.—Paez una mora con unos granos negros, los otros casi verdes y los otros coloraos».

Un mito que trae mensajes de amor y de felicidad, embozado en capa azulina, tiene en la frente bermeja «pintas» áureas, verdes, oscuras, ocres, intensas, quebradas con suavísimos ri-

betes blancos. Colores pródigos y buenos de la mitología cántabra. Nieve, fuego, sierpes, remansos, rabiones, arroyos ramblizos. Claridades de espejo, máculas grisáceas y brillantes, rayos de aureola, sartas de granates, cuentecillas de oro y de hierro oxidado. Esta característica externa es la más bella, la más original, la más rica de nuestros mitos.

Siete colores en un retazo de alforja de brujo. Cinco colores en la diestra menudita de un hada de primavera que baja de las estrellas en una inmensa paloma de alas azul celeste y pico «de coral relumbrante». Fantástica envoltura con aderezo de matiz de campiña, de sembrado, de bosque, de calvas, de pradería recien segada. Adentro, dones, consuelos, regalos y mercedes para las virtudes y generosidades de los hombres...

LAS ANJANAS.

Espíritu.—Mieles y blanduras en el espíritu de las anjanas. Reflejos de bondades, de misericordias, de mansedumbres, de virtudes muy hermosas y cabales. Las cosas buenas del alma, de la imaginación, de la fe, en estas hechiceras dulcísimas que alivian las penas, las zozobras, las inquietudes, las ansias, el hambre, la sed y el dolor.

Un espíritu eternamente sosegado, de mes de mayo, de noche de estío, de remansada transparente. Sensaciones a lo divino. Sementeras y rocíos inefables de sus manos pálidas, de sus ojos serenos que miran amorosamente. Todas las virtudes de la humanidad guarecidas en el alma de la anjana, que endereza entuertos, remedia sinrazones, cura flaquezas y torna a «los caminos derechos», a las pecadoras, a los relapsos, a los «torcios de inclinación y bisojos de la conciencia».

Ningun pensamiento áspero o amargo. Perfecciones espirituales ungidas «de gracia de Dios». En las potencias, toquecitos delicados, y muy apacibles y generosos anhelos que se truecan en prosperidades y abundancias para los hombres «que van con rosas en los sentidos y güelven con las misma rosas más frescas y floridas onque haiga vientos calientes y celliscas de granizá...» Inocencia impoluta de niño. Templanza mística. Bondad de vejez

arrepentida. Dechado de caridad, de abnegación, de fortaleza, de limpios propósitos, del pulcritudes íntimas y externas. «El corazón de las anjanas es una rosa muy grande con muchas gotas de miel en las hojas y un rociu que diz que son las lágrimas de la Madre Dolorosa...»

Esencias.—Perfumes de manzanilleros, de «claveros», de romero, de laureles. Gratísimos olores de primavera en lo más crudo y sombrío del invierno. Esencias «muy suaves y muy güenas, como no las hay en los jardines ni en los campanilleros azules y blancos de las brañas y de las orillas de las canales. Tou el aire le llenan las anjanas de un inciensu sin lumbre ni humu y más suave que el de la mesma iglesia». «Había una anjana haz muchísimos años que llenaba de un agua muy clara, que diz que olía a azucenas, los frascos de las mozas que se iban a casar. Había que dejar los botellos a la orilla de una juente al tresponer el sol».

Hay una leyenda en el valle de Aras que convierte en linfas que trascienden a rosas, los manantiales donde las anjanas lavan el cuento de su báculo...

Costumbres.—Al alba abandonan las anjanas sus grutas secretísimas que «tienen suelo de oro y paredes de plata». Estragal de estos palacios, son las torcas en umbría, rodeadas de flores silvestres que las hadas riegan en el estío con una jarrita luminosa con trazas de ánfora.

Antes del amanecer han aderezado su cabellera con peines de coral y lazos de seda. Después se hincan y rezan una jaculatoria. Los pájaros se posan en las flores que nacen a la entrada de la gruta y cantan mientras la anjana reza «por toas las desgracias de los hombres».

Malvises, tordos, pisonderas, rajucos, colorines, ruiseñores y jilgueros, saltan a los hombros, a la cayada, a la gentil cabeza de las hechiceras y las «pían y las cantan y las dicen unas cosas muy majas que nadie más que ellas las pueden comprender».

Andan lentamente por los senderos más suaves y señeros del monte y a veces se sientan a descansar a la orilla de los

arroyos y conversan con las aguas que rumorean más alegres, más retozonas, más cristalinas cuando las «mujeres de los milagros y de las limosnas» reposan en la ribera.

A «media mañana» tornan a las grutas. Antes han limpiado las fuentes, han bendecido a los rebaños de los pastores buenos, han acariciado las desgarraduras de los robles, de los abedules, de los castaños secos de vejez, las lastras agrietadas, las árgomas negras de incendio.

Al anochecer vuelven a pasear por el monte «onque haiga nieve y rute el viento». Al volver a los sus palacios rezan de nuevo y se acuestan en lechos resplandecientes que «parecen de luna y de lucero...».

La voz.—La voz de la anjana diz que es la misma que la voz de los ángeles. Unas veces paez cantiu de ruiseñor y otras veces, cuando está triste por haber encontrau muchas penas en el su camino, paez escarabajeu de hojas muy tiernas cuando las esmenga el vientu del mes de abril...».

Danzas.—En las iniciaciones de la primavera, a la media noche, se reunen las anjanas en braña de cumbre alta y danzan hasta el amanecer, asidas de las manos, en torno de un montón de rosas que luego «esparcen por los atajos y las camberas». Quien logre encontrar una de estas rosas que tienen pétalos encarnados, verdes, amarillos y azules, será feliz hasta la hora de la muerte...

Canciones.—«Las anjanas na más que cantan dos cantares, unu muy alegre y otro muy triste. El cantar alegre paez una seguidilla de baile muy retorneá y muy larga, y el cantar triste paez un quejíu de una madre desconsolá. Cantan muy pocas veces y na más que cuando sal el sol y las estrellas. Si el dia está turbiu, cuando las anjanas cantan la seguidilla alegre, se pone claru, y si está claru cuando cantan el cantar triste, se pon oscuru».

Riquezas.—Las recompensas a las buenas obras en estas riquezas de las anjanas. Caudales infinitos en arcas de hierro, de bronce, de piedra. Anillos y arracadas, percales y lienzos de co-

lor eterno, escanillos y sonajeros para los niños que no tienen camisa que poner. Flautas de plata, tambores y panderetas con sonajas y cascabeles de oro. Vestidos de seda, encajes y gargantillas multicolores. Cántaros y cuencos para los pastores que no apedrean el rebaño. Galas de moza casamentera. Paños de cristianar. Rosarios de cuentas azules, negras, coloradas con puntitos brillantes. Velos de primera comunión. Ramitas de plantas misteriosas que ahuyentan el dolor, el pecado y la avaricia. También cofrecitos dorados que guardan monedas de arras para las doncellas pobres y hacendosas...

No hay súplica sin merced, ni virtud sin regalo, ni lástima sin remedio, ni amargura sin alivio, cuando la vocación es sincera y se hace al amanecer en el punto y hora en que la anjana deja asomar su báculo por entre las flores que rodean a la torca.

Lutos.—Una vez al año, el día de Viernes Santo, todas las anjanas visten capas negras y esconden sus cabellos bajo pañuelos de color ceniza.

Ese día abandonan sus moradas sin los gorjeos de los ruiseñores. La jaculatoria es más larga, más triste, «mezclá con muchas lágrimas y con muchos suspiros».

La persona «que tenga la suerte bendecía» de enjugar con fino retazo de seda, el llanto de una anjana, verá trocarse en perlas las lágrimas. También es negra la cayada en que se apoyan ese día.

Las sandalias de piel de comadreja quedan en la gruta con las bellas vestiduras, con los cofres y las ajorcas.

En esas horas de «calvario» están desnudos los pies diminutos de las hechideras...

Metamorfosis.—Queremos transcribir fielmente lo que nos contó tío Fermín, el famoso pastor de la Miña, acerca de la metamorfosis de las anjanas.

* * *

«Hoy son mujeres y al otru día palomas, y al otru viejas que piden limosna o pajarucas pintas que se asosiegan en las ramas. Con solu decir ¡esto quierol ya está hechu el cambiu. Sal un

humu muy suave de los vestíos de la anjana y se convierte en animal o en persona de otras trazas. Una vez diz que una moza muy güena oía cantar toas las mañanas a un pájaru de diez colores en la su ventana. La moza se encariñó con el pájaru y por la noche dejaba migas de borona en la piedra del ventanu. Por la mañana apenas había amanecíu llegaba el pájaru, comía las migas de la borona y después de cantar un ratu se iba a los árboles. Así pasó toa la primavera y tou el veranu y toa la otoñá, la moza encariñá con el pájaru de los diez colores y el pájaru, que no tenía na de ariscu, encariñau con la ventana de la moza. Un día de inviernu sintió la moza un piar muy triste como de pájaru apretau en un cepu. Se asomó a la ventana y vió al probe pájaru amurriau encima de la nieve tou atereciu. Bajó corriendo con mucha pena, le cogió, le metió en el senu pa dale calor y le subió a la cocina. El pájaru golvió a ponerse alegre gracias a los cuidaos de la muchacha que le acariciaba y le atotogaba entre trapos calientes, como a un criu de pañales. A los pocos días le echó a volar y la moza porpocu se güelve loca al ver como el pájaru, sin moverse de la mano derecha estaba aposau, se iba haciendu grandísimu como diez gallinas ajuntás. Las plumas jueron convirtiéndose en grandes peazos de tela de lo más finu. Al mismo tiempu cantaba el pájaru y del picu salían como unos alientos que se ponían duros y se convertían en barras de oru y de plata. Después de to esto, cuando la moza estaba arrodeá de telas y de riqueza, salió del pájaru, que se había quedau en carnucas, un humu que golía a rosas y del humu una anjana que dijo a la moza estas mismas palabras: «Esas riquezas te dejo porque eres güena y compadecía.» Otra vez salió el humu tan suave y de tan güen olor y del humu una paloma toa azul con el picu roju que se jué volando...

* * *

«También diz que las anjanas se convierten en lobos pa matar y espantar a los lobos de verdá que comen a las probes ovejas. Algunas veces se hacen las probes y van pidiendo por las puertas pa ver quienes tienen caridá. A los que la dan limosna los echa bendiciones y si algún día tienen necesidá los deja en el portal o en el corredor lo que los haz falta pa salir alante. A los

que no le dan limosna los perdona, pero no los alivia onque pasen muchas necesidades. La anjana lo mismu agradez un peazu de borona que una embozá de fisanes. La custión es la güena voluntá...

* * *

«Una vez había un hombre que iba de caza. Estuvo tou el santu día subiendo y bajando cuestas y no cazó na. Cuando golvía a la su casa con la cabeza agachá, vio a unos pájaros aposaos en las quimas de unos espinos de los más bajos. El cazador paez que quiso descargar el enfadu y la rabia con los infelices pájaros y los apuntó con la escopeta. En aquel mismu instante vio a una liebre muy gorda entre el espinu y el sitiu onde él estaba y cambió la puntería, pero la liebre se escapó y el hombre se jué detrás de ella por el monte abajo. Al pocu ratu la golvió a ver acurrucá al lau de unos jelechos y la disparó otru tiru. Por entre el humu de la escopeta vio que la liebre se agrandaba hasta convertirse en una moza muy guapa que tenía la cara muy sonrosá y las trenzas muy negras y muy brillantes. La moza, que era una anjana que se había convertíu en liebre pa salvar a los probes pájaros, se reía del cazador que estaba como alelau de la sorpresa. El hombre más amansau se jué arrimando pocu a pocu a la anjana con muy malos propósitos en los ojos, y cuando llegó al su lau quiso abrazala y la abrazó, pero en aquel momentu sintió en las manos y después en tou el cuerpu unas quemaduras que le abrasaban. La anjana se había convertíu en lumbre y el cazador tou asustau y muertu de miedu y quejándose de los alampíos de las llamas, se golvió a la su casa y no golvió a apuntar a los pájaros...

* * *

«Un día de inviernu iba un probe temblando de fríu y de necesidá por encima de la nieve. Al regolver un picu que hacía el monte en el caminu se alcontró con una vieja acostá encima de la nieve, toa amoratá y aterecía. El probe la cargó a cuestas compadecíu de la vieja y la llevó hasta un pueblu que no estaba muy lejos. La acostaron en un pajar y el probe la veló toa la santa noche y la tapó con la su manta. Al ser de día ya estaba reanimá y paecía menos vieja que cuando la alcontró en la nieve. El probe la dió la mitá de la limosna que le habían dau

en el pueblu y se despidió de ella pa seguir el su triste caminu. Antes de separarse le dijo la vieja: «Toma. Guarda esto en las alforjas. Son unas yerbas que se echan en agua de las juentes que se encuentran en los caminos y aplacan el hambre». Y le dió un envoltoriu. Cuando el probe había andau güena parte del caminu que había hasta el otru pueblu abrió el envoltoriu pa ver como eran las yerbas y del envoltoriu se caeron a los sus pies muchas monedas de oru con las que tuvo pa vivir toa la vida en paz y en gracia de Dios sin pedir más limosnas ni pasar más fatigas. La vieja era una anjana...

* * *

«Cada cien años nace un bichu amarillu y negru, que dicen que es hiju de unos lumiagos que siempre están metíos debajo de la tierra. El bichu escarba que te escarba sal a la luz del día y al pocu tiempu le salen tres ojos: el uno negru, el otru encarnau y el otru verde. Esti bichu sal debajo de la tierra en el inviernu. Al llegar la primavera se le pon tou el cuerpo negru y le salen unos pinchos que paecen de lumbre. Esti animal, lo mesmu que el obeliscu, mata a los viejos mirándolos con el oju negru, a los que están entre los mozos y los viejos con el oju encarnau y a los críos y a los mozos con el oju verde. Pero las anjanas, que son las únicas que saben onde se esconden estos bichos, los matan dándoles con la picaya en el pinchu más grande mientras están dormíos. A la otra primavera güelven las anjanas a las cuevas de esos animales, güelven a tocar con la picaya en los güesos del bichu muertu y salen unos pájaros como gorriones con el picu muy afilau, que na más que viven un mes. Pero en esi mes desbaratan los niales y las crías de los cuervos y de los milanos.»

* * *

En Toporias, el pueblecito encaramado en un monte minero, nos hablaron de una anjana que se convertía en fuente cristalina, para que bebieran los pastores y los mendigos sedientos.

Una anjana de Bustiriguao se convertía en inmenso gusano de luz que saltaba por el camino para alumbrar a los caminantes en las noches tenebrosas...

En Los Tojos había otra anjana que tañía una campanilla en los bosques montesinos para indicar a los pastores el lugar en que estaba la oveja, la cabra o la oveja extraviada...

Alimentos.—Mieles y fresas, almíbares y manjares misteriosos, servidos en vasijas doradas, con adornos de estrellitas y rayas de plata. En sus grutas tienen huertas y jardines, colmenas y fontanas de aguas purísimas, ovejas nítidas que llenan de leche arromerada [1] las ánforas y los jarmosos [2]; panales derritidos en ollas azules, verdes y blancas, que las mismas hechiceras construyen de un barro secretísimo que jamás se hiende ni se torna descolorido con el agua y el fuego.

Doncellas.—Tienen las anjanas unas doncellas que las acompañan en sus mansiones subterráneas. Un día se aparece una anjana a una moza huérfana y desventurada y la prodiga inefables consuelos. La moza no vuelve al pueblo. Se va con la anjana en servidumbre felicísima, que la colma de alegría y de paz.

* * *

«Una moza—nos contó en días inolvidables Bruno Díaz, de Carmona— se quedó sin padre ni madre y con la alacena y el establu vacíos. Un atardecer golvía con un coloñu de leña y se la apaeció una anjana vestía de blancu y con unas trenzas que chispeaban como las estrellas cuando alumbran y se esconden y güelven a alumbrar y güelven a esconderse. La picaya diz que era de mimbre de la orilla del ríu con unas rayucas del color de las albarcas tostás. Gastaba zapatos de piel parda, con unas hebillas que no eran ni de yerru, ni de metal, ni de plata, ni de oru. No se sabe de qué son esas hebillas tan guapas... El casu jué que la anjana con la mano derecha quitó el coloñu de la cabeza de la moza, la limpió el sudor con la esclavina de la capa, la dio un besu en metá de la frente y la llevó con ella al su palaciu que diz que estaba debajo de la Peña la Mena, entre la canal y la cambera que va hasta el altu del Escudu... A los pocos años apaeció otra vez en el pueblu la muchacha güérfana. Venía

(1) Perfumada.
(2) Jarros de madera.

vestía de seda de arriba a'bajo y traía muchos collares y muchas sortijas y güenos cuartos en la faldiquera. A la moza diz que la entraban tristezas en el palaciu de la anjana y empezó a ponese descoloría, alcordándose del pueblu, de los cortejos y de los bailes de las romerías... La anjana, que no quier tener a la juerza a nadie, la sacó del palaciu y la dejó a la entrá del pueblu una noche estrellá que diz que era del mes de los pájaros. Al despedise de la muchacha la golvió a dar un besu en metá de la frente. Tos se alegraron de vela tan lucía y tan tresná y no la faltaron rondaores al pie del balcón al barruntu de las monedas... En una jila contó como era el palaciu de la anjana. Diz que era muy grande y que las parés alumbraban como el sol. No había día ni noche. To era claridad y aire templau. Había güertos muy bien arreglaos y las hojas de los árboles nunca se ponían secas. La fruta siempre estaba madura y las juentes manaban un agua que sabía a una cosa apaecía a la miel. Al palaciu se bajaba por una escalera de piedra blanca que llegaba hasta el portal. Too esto contó la moza. Los muchachos quisieron conocer la entrá del palaciu, pero no dieron con ella onque la moza decía que estaba en una torca que había debajo de un nogal desmochau...»

La anjana mala.—La antítesis de estas buenas hechiceras, son otras que visten holgadas capas negras, con adornos de alas de murciélago. Tienen el rostro descolorido y los brazos delgadísimos. Su aparición es mensaje de lágrimas o de veranos estériles. Para evitar el maleficio de estas anjanas—que tienen un solo diente largo y afilado—, es menester decir de vez en cuando estas palabras:

«—Dios todo lo puer
y hacer medrau puer,
lo que la anjana mala quier
arruinau y secu ver
pa nuestra pena y padecer...»

(Fernando González, Cabuérniga).

Etimología.—La palabra Anjana es posible que tenga su etimología en Jana, nombre que en la Edad Media se daba en España a las brujas.

«Gene», en francés anticuado, era la denominación de la bruja, y Jana, en Toscania y Cerdeña, significaba hada.

En la Bretaña, Guenne, era el nombre del Trasgo.

Es de advertir que en algunos pueblos montañeses se conoce a estas hechiceras con el nombre de Janas, circunstancia que viene a robustecer nuestra apreciación.

CORONA DE ESPINAS.

(Los Tojos). Agustín Merino, viejo cenceño, de color quebrada, simpático, apacible, que hacía bieldos y horcas para Castilla, y unos jarmosos muy repintados y pulidos que adornan las viejas consolas de los señores y las toscas baldas de los vasares humildes.

«—En Los Tojos había unas anjanas muy altas, muy delgás y muy guapas, que tenían los ojos muy negros. Solían aparecese a las vaqueras y a las mozas enamorás que estaban tristes porque los sus novios estaban en la guerra o eran serrones, que hacían el inviernu tierra adrento. Las anjanas las consolaban y las enseñaban a coser y a jilar con las ruecas. Estaban vestías de blancu y gastaban una corona de espinas verdes con unos puntucos que relumbraban como si jueran gusanos de seda. Tocando la corona con la vara verde que llevaban en la mano derecha se podían convertir en piedra, en árboles, en viejas o en jóvenes rubias o morenas, como a ellas se las antojara. Tenían unas alas que las servían pa volar detrás de las brujas cuando iban por el cielu a Cernégula y cortálas el caminu pa que golvieran a las sus cocinas y dejaran en paz al prójimu. Las trenzas diz que las tenían rubias y no cambiaban nunca de vestíu, como hacía Dios Nuestro Señor con la su túnica. Diz también que las anjanas eran doncellas que se morían como si jueran santas y el Señor las daba la gracia de golver al mundu, llenándolas de riquezas pa jacer el bien a los probes y a los necesitaos. Estaban en la tierra dos siglos y al cabu de los dos siglos volaban jacia'rriba pa no golver a bajar más. Los pies los tenían descalzos y a veces sangraban porque hacían penitencia de andar por encima de los escajos. Por las noches, cuan-

do la gente estaba dormía, andaban por las callejas del pueblu y algunas veces dejaban monedas y sacos de harina en los portales de los vecinos más necesitaos. Si alguna persona tenía que pedilas algún conseju o algún remediu, tenía que ir al monte al oscurecer y decir cinco veces seguías estas palabras:

— Piedá, piedá.
Anjanuca ten piedá.

Además de decir estas palabras no había que tener ninguna cosa mala de que se afease la conciencia...

LA MOZA Y EL CABALLERO.

Había en Los Tojos un mozu muy jaque que golvió de Andalucía con su porqué de dineru y una güena alforjá de fantasías. A los pocos días de golver cortejó a una moza y la dejó por que no tenía hacienda. La probe moza se enamoró y lloraba con toa el alma el despreciu del muchachu. Rondó a otra moza y también la dejó después que estaba enamorá como la otra. Hizo lo mismu con otras tres sin una pizca de remordimientu en la conciencia que es onde duelen las malas obras. Una noche del inviernu hicieron posá en Los Tojos un caballeru vieju y una hija suya, muy guapa, que iban a Campóo amontaos en unos caballos blancos con unas pintas en la cara. Como la nevá era muy grande, el padre y la hija, que paecían muy ricos, se estuvieron en Los Tojos hasta que escampara el tiempu y se quitara la nieve de los caminos, que entonces no eran reales ni limpios como ahora. El jándalu que despreció a las cinco mozas desconsolás, vió a la señorita y se enamoró de ella y de los sus caudales, como un condenau. Era muy blanca y muy colorá en los carrillos y tenía las trenzas muy majas y brillantes. La doncella le puso al mozu güena cara, y el muchachu la cortejaba toas las noches. Así jueron pasando los días y el jándalu cada vez estaba más enamorau. La señorita paecía que lu quería de güena voluntá, pero a veces le daba como desaires delante de la gente que le ponían colorau y le traían a mal traer. Jué agüenando el tiempu y la nieve se consumió en los caminos que llegaban hasta Campóo. El caballeru y la su hija prepara-

ron los caballos pa seguir el viaje. En aquel instante llegó a onde ellos estaban el jándalu enamorau y dijo a la señorita que se iba con ella, porque no podía pasar sin ver los sus ojos, y la señorita le dijo que si era verdá que la quería con güena intención de casamientu que juera andando detrás de ella hasta llegar a Campóo. El mozu dió unos blincos de alegría y empezó a andar detrás de los caballos blancos, que iban al trote. Al llegar a Tajayerru, ya no podía con la su alma. Anjeaba de puru cansau que estaba y los caballos cada vez iban más de prisa. Le dolía tou el cuerpu y sudaba gotas bien grandes, onque el fríu apretaba. Se descalzó las abarcas y anduvo con los pies denudaos. Los demoños de los caballos cada vez corrían más. Como la señorita lu dijo que si se cansaba y le perdía de vista que no contara con el casoriu, el mozu corría como una liebre. Pero too era en vanu. Los caballos trotaban y él se quedaba atrás desconsolau y llorando de pena, como las probes mozas de las que se había reíu. De vez en cuando la señorita se arrecataba y le decía como si estuviera cantando:

—Jueron una,
jueron dos,
jueron tres
y jueron cinco.

El mozu no entendía el cantar y seguía corriendo a cada momentu más destrozau. Tovía faltaban güenos trechus de caminu pa llegar a Campóo. En esto empezó a caer más nieve y a ponese más oscuru. La señorita no paraba de arrecatase y de cantar:

—Jueron una,
jueron dos,
jueron tres
y jueron cinco.

Por fin el muchachu ya no podía alentar. Ya iba a perder de vista a los caballos que corrían al galope. Dió un gritu de rabia y de pena y se paró en metá del caminu, con las manos agarrás a los pelos. Quiso echar a correr pa alcanzar a la señorita y al vieju, pero no pudo movese. Desesperau de las juerzas que le faltaban, dijo con una voz que paecía un quejíu:

—¡Quien juera perru, pa correr y correr sin cansase...!

Y sin dase cuenta de lo que le pasaba, empezó a ladrar. Se había convertíu en un perru muy grande y muy flacu, negru y pardón y con unos ojos que relumbraban. Empezó a correr, pero tuvo que parase. Le habían salíu dos cuernos hacia'bajo que lu pasaban por el lau de los ojos y por muchu que alevantara la cabeza los cuernos rascaban el suelu y le echaban a la vista la nieve y las pozas, con muchas salpicaduras, y por eso no podía andar de prisa. Cuando era más juerte el su ladrar y los sus resoplíos, oyó a la señorita que lu decía cantando desde muy lejos:

—Jueron una,
jueron dos,
jueron tres
y jueron cinco.

La señorita y el vieju eran dos anjanas que se habían apaecíu de aquellas trazas pa castigar al mozu. Al perru diz que le comieron los lobos aquella misma noche...»

CLAVELES DE PLATA

(Viaña).—Ricardo Balbás, muy viejecito, muy ingenioso. Su casa fué nuestra hospedería en tiempos no muy lejanos. Nosotros llevábamos las viandas en un borriquillo con enjalma de piel de carnero, y él nos aderezaba la olla en la lumbre del campo o del lar...

* * *

«Desde el mes de abril hasta que empieza el otoñu, vinían al monte unas mozas bastante altas y muy lujosas que hacían muchas caridaes y además consolaban a los que estaban tristes. Las medicinas quitan los males del cuerpu y esas mozas que se llaman anjanas quitaban las tristezas y el hambre, según decían los viejos cuando yo era un críu. Si una familia que fuese honrá y trabajaora tenía necesidá y no podía caltener a los sus hijos, na más que tenía que ir al monte y tocar cinco veces con una rama de fresnu en cualquier árbol de los más viejos y que no estuviera descortezau. Enseguida se apaecía la anjana arrodeá

de un arcu de claveles de plata, apaeciu a la corona de las santas y concedía lo que la pidieran. Lo mismu hacía con los que iban o pedila consejos o el aliviu de las sus penas y de las sus desgracias. Estaban vestías con un mantu que las arrastraba por el suelu. El mantu era azul y tenía muchos adornos encarnaos y muchos pespuntes de hilos de oru. Diz que las anjanas eran muy requeteguapas y que tenían los ojos muy negros. Las trenzas eran rubias y las adornaban con unas cintas de todos los colores, que cuando era de noche alumbraban como si jueran luces. El día anteúltimu del mes de setiembre se oían en el monte unos cantios muy guapos y muchas luces que andaban despaciu como los ciriales de las procesiones. Eran las anjanas que iban juntas cantando hasta un collá que está pa ir a Cieza. Las luces eran las cintas conque adornaban la cabeza. En la colla se ajincaban de rodillas y rezaban unas alabanzas a Dios Nuestro Señor. Después bebían agua en una jarra de güesu forrá de plata. Toas bebían en la misma jarra y al agua la echaban hiel de un animal que naz cada cien primaveras de la comadreja y de las rámilas. Esi animal se llama el Ramidreju [1], y la persona que de con él y le saque las hieles, podrá curar toas las enfermedades y alcontrar los tesoros escondidos. El Ramidreju diz que es muy delgau y muy largu y tien una piel muy negra con unas rayas verdes que están hundías en la piel. Los ojos los tien amarillones y la cara la tien como la de los jabalines. Esti animal joca en la tierra y haz unos joracos apaecíos a los de los topos y se esconde en ellos hasta más de cincuenta metros de hondura. Aquella noche las anjanas bailaban hasta que amanecía y después se separaban y se iban a las sus cuevas de onde no salían hasta que golvía la primavera. Las sus cuevas eran toas blancas de una piedra muy dura y adornás de telas de seda y de otras telas que se apaecían a las casullas de los señores curas. El día que se escondían después de despedise bailando, aposaban en los senderos anillos de oru, pañuelos de seda y otras cosas muy ricas. Cada cuatro años o cinco años salían por la noche el día de Reyes y dejaban vestíos y zapatos a los críos probes. Pa que dejaran esos regalos había que decir esti cantar de rodillas delante del correor o de la ventana:

(1) Único pueblo de la provincia donde hemos oído hablar del «Ramidreju».

—Que vengan las anjanas
con los Santos Reyes,
pa alegramos la mañana
a las nenas y a los nenes.
Nosotros rezaremos
por las sus alegrías,
nosotros rezaremos
por las noches y los días...

Con una picaya que también era azul mataban a los lobos y a tos los bichos del monte, na más que con tocalos. En el inviernu no salían de las cuevas porque estaban tejiendo la lana pa hacer la tela y el oru y la plata que regalaban. Las sus ruecas diz que eran de una madera que relumbraba. La noche que bailaban en la collá dejaban los claveles de plata de la corona metías entre los escajos. Si alguna persona alcontraba algunu de esos claveles tendría completa alegría toa la vida si no se separaba de él...»

LA LEYENDA DE LOS BESOS.

«Pos me contaron en otra ocasión que había una vez una moza que se enamoró de un mozu muy trabajaor, pero muy probe. Ella se llamaba Lucía y él se llamaba Miguel. La moza tenía güena hacienda y además era muy guapa. Los sus padres vieron con malos ojos aquel noviazgu porque el cortejador era probe y prohibieron a Lucía que parlara con él. Pero con esti mal mirar echaron más leña a la lumbre, como suel decise, y los mozos se querían con más juerza que de antes y se veían toas las tardes cuando Lucía iba a la juente. Un día los vió el padre de la moza y golvió a prohibila que hablara con el muchachu. Entoces diz que había unas anjanas malas que se guarecían en las cuevas. Como Lucía no hacía casu de las palabras del su padre, la cogió un día del brazu y la llevó a la cueva de una anjana mala pa que la encantara y la tuviera allí hasta que se la pasara el enamoramientu. Cuando el padre llamó con un palu en una piedra ennegrecía que estaba a la entrá de la cueva, salió la brujona vestía con un mantu negru adornau de sapos volanderos. La cara la tenía muy descoloría y la nariz muy

larga y muy pindia, como la del milanu. El padre descariñau la dijo lo que quería que hiciera con la moza, pero antes de separase de ella la hizo esta pregunta:

—¿Te arrepientes de habeme desobedecíu?

—¡No me arrepiento! Yo siempre le he queríu.

—¿Me das palabra de no volvele a dar conversación?

—¡No puedo hacer lo que no diz el corazón!

—Pos entonces aquí te quedarás encantá y serás maldecía.

—Me quedaré encanta y puea que sea bendecía.

Entonces la anjana mala hizo una cruz en el suelu con una picaya retorcía y negra que tenía en la mano izquierda. Después pisó la cruz con el pie izquierdu y mirando a la moza con ojos envenenaos la dijo estas palabras:

—El que contigo se quiera casar,
tres besos te ha de dar,
el primeru en el pulgar,
el segundu en el calcañar
y el terceru encima del espaldar.

La brujona cogió a la moza y la metió en la cueva. Miguel estaba desconsolau aquella noche. Creía que a Lucía la habían cerrau en casa y que no la dejaban salir ni a la juente. Estuvo toa la noche rondando la casa y al amanecer se le apareció una anjana de las güenas y le dijo estas palabras:

—El su padre la llevó
y una bruja la encantó
y tres besos la tienes que dar.
El primeru en el pulgar,
el segundu en el calcañar
y el terceru encima del espaldar.
A la cueva del Duesu (1) irás
y de allí la sacarás.

Después que dijo esto le dio una ramuca de fresnu y golvió a decile:

—Con esta rama darás
en la piedra del entrar
y cuatro cruces harás
en el suelu del entrar
y después las besarás.

(1) Nombre de un monte.

El mozu dio las gracias a la anjana güena y aquella misma noche escondió la rama de fresnu debajo de la blusa y se jue anda que te anda. Cuando iba por el caminu alcontró a una probe y cuando pasaba le dijo:

—El puente se cayó
y por pocas me ahogo yo.

Y el mozu la contestó:

—Por el riu pasaré
y con ella le repasaré.

La vieja golvió a decile:

—Cuatro lobos alcontré.

Y el mozu la respondió:

—Cuatro lobos mataré.

La vieja golvió a decile:

—Anda que te andarás
a la cueva no llegarás.

El mozu golvió a responder a la probe:

—Anda que te andaré
a la cueva llegaré.
Con esta rama llamaré
y cuatro cruces besaré.

La vieja dió un bufíu como un gato que se quema y desapareció convertía en un murciélagu muy grande que iba diciendo por el aire:

—Anda que te andarás
con ella no te casarás.

Era la bruja de la cueva que se había convertíu en probe pa decile aquellas mentiras y hacele que se golviera por el miedu: Más allá encontró a una moza muy guapa vestía de seda. Cuando pasaba por el su lau le dijo como haciéndole muchas zalamerías.

—Tengo riquezas y ganas de enamorar
Gustariame un mozu que supiera trabajar
y de la mi hacienda cuidar.

Y el mozu la respondió:

—Yo estoy enamorau
y no la cambiaré.
Ni por rica ni por guapa
a Lucía dejaré.

La moza empezó a hacele más zalamerías, pero el mozu cerró los ojos pa no ver la guapura y el luju de la muchacha y siguió andando. La moza dió otro bufíu y golvió a convertise en murciélagu. También era la bruja que quería enamorale. Siguió anda que te anda y al subir por un prau le vió llenu de monedas de plata y de oru. Se agachó y cogió una tou asustau de aquella riqueza que tenía delante de los ojos. Después cogió otra y por fin llenó tos los bolsillos, pero tovía había muchas monedas en el prau. Quitose la blusa y la puso como una talega y la llenó de oru y de plata. Y tovía había más riquezas en el prau. Cargó con la blusa y corriendo como una liebre se golvió a casa y escondió las monedas en un arca muy grande. Cogió un sacu y se golvió al prau. Golvió a llenale y sudando de cansau jué otra vez a casa y así estuvo hasta el mediudía. El egoismu le quitó el sentíu del cariñu. A la otra noche golvió a la cueva y se alcontró con más monedas en el prau. Las cogió y las llevó a casa. Así pasaron muchas noches y al cabu no golvió a alcordarse de la probe Lucía. Pero una anjana, que jué la misma que se apaeció al mozu, se vistió de muchachu, jué a la cueva, dió los tres besos a la moza, y la sacó de la oscuridá y del encantu. Miguel compró muchas tierras y muchos praos, y cuando abría el arca pa pagar se alcontró conque las monedas se habían convertíu en ceniza. Desesperau se jué del pueblu y no se golvió a saber más de él. Lucía se quedó con la anjana que la libró de la brujona pa servila de cría, y diz que al cabu de los años se jueron a vivir las dos a otru pueblo como que golvían de Andalucía como hija y madre y la casó con un mozu muy ricu y muy enamorau.»

PICAYAS DE ORO.

(Carmona.)—Antonio Gómez. Tipo clásico del Occidente montañés. Albarquero y labrador y amigo de los elásticos amarillos de bayeta áspera, en el estío y en el invierno.

* * *

«Haz muchos años había unas mujeres que vivían debajo de la tierra en unos palacios muy lujosos que estaban arrodeaos

de güertos y de jardines. Gastaban un hábitu blancu adornau de estrellas que relumbraban como las que se ponen por la noche en el cielu. La cara era muy guapa y tenían en la frente una rayucas morás que paecían arrugas de vejera. Esas rayucas echaban lumbras pa espantar a los ojáncanos [1] que las perseguían algunas noches cuando golvían a los palacios. El mejor remediu pa librase de los ojáncanos era el fuegu porque se les cegaba eloju que tienen en la frente, como los pasa a los lobos. En el inviernu la capa era negra con unos adornos verdes y encarnaos. Los colores verdes tenían el aquel de hacer nacer mucha yerba en los praos por onde se paseaban las anjanas, que solían ser los de la gente güena. Los colores encarnaos tenían el aquel de madurar la cosecha de las personas trabajaoras onque lloviera en el veranu. Siempre estaban muy alegres y no paraban de hacer el bien a los probes que lo merecían. En la mano derecha llevaban una picaya muy alta de oru que curaba toas las enfermedades con solu tocar el cuerpu de los enfermos. Gastaban unas trenzas del mismu color que la plata y muy brillantes. Estas mujeres se llamaban las anjanas y diz que las mandaba Dios al mundu pa premiar las güenas obras y ayudar a los probes. Estaban en la tierra cuatro siglos y después se iban al Cielu pa no golver a bajar. Si alguna persona queria pedilas algo, tenía que levantase antes de que juera de día y subir a una cotera despejá y después arrodillase y decir esti rezu:

—Anjana bendecía
güena y compadecía,
dame en esti día
la gracia pedía.

Al pocu ratu venía la anjana y daba lo que se la pedía si la persona era güena y cumplía las obras de misericordia.

Había otras anjanas que estaban siempre vestías de lutu y andaban siempre muy entristecías. Estas anjanas no hacían regalos ni de oru ni de plata, ni daban limosnas, pero decían unas palabras tan suaves y milagrosas a las personas tristes que toas las penas se acababan. Pa que dieran esos consuelos había que ir al monte, al anochecer, y decir esti otru rezu:

---

(1) Véase mi libro «Brañaflor».

—Anjana de la compasión
alíviame el corazón.
Dame un pocu de consuelu
del que mos bajas del cielu.
Dame un pocu de alegría
en las horas de estí día.
Dame un pocu de la miel
y haz a la pena estiel. (1)
Anjana de la güena suerte
las mis penas son de muerte.
Dame la tu bendición
y alíviame el corazón
por el Calvariu y por la Pasión.

Enseguida se apaecía la anjana vestía de lutu, se sentaba al lau de la persona que la pedía consuelos y la decía las palabras milagrosas y le quitaba toa la pesadumbre.»

LA ANJANA Y EL CABRERO.

«Una vez diz que hubo una anjana que se enamoró de un cabreru y Dios la maldijo. La anjana se apareció al pastor y le dijo:

—De ti me enamoré
y conmigo te llevaré.

El cabreru se la quedó mirando asustau por la guapura de la anjana y la contestó tou llenu de alegría:

—En el tu palacio entraré
y los años contigo pasaré.

Empezaron a andar y llegaron al palaciu de la anjana, pero no pudieron entrar por que en la puerta ardía una lumbre muy grande que diz que encendieron los ángeles pa que no pudieran entrar. Dios había maldecíu a la anjana. Viendo que no podían entrar en el palaciu hicieron una cabaña pa pasar la noche en el sel onde estaba el rebañu, pero al pocu ratu de poner los terrones del tejau se encendió otra lumbre y se quemó la choza. Siguieron andando y se asentaron debajo de un árbol y el árbol también se quemó. Cansaos y llenos de miedu anduvieron toa la noche. En cuantu se paraban a descansar ardía el suelu, los

(1) Estéril.

arrodeaban las llamas y tenían que echar a correr pa no morir alampaos.

Al día siguiente jueron al sel donde estaba el rebañu y toas las cabras se habían convertíu en morrillos blancos y negros. De tantu y tantu andar tenían mucha sé y jueron a beber agua a una juente. Pero no pudieron beber porque en cuantu arrimaron los labios al agua los abrosó la boca, como si estuviera jirviendo. Se agachaban a coger ráspanos y mayuetas y también los abrasaba como si jueran tizones encendíos. Ellos querían morise, pero no se morían de sé ni de hambre, onque no podían comer ni beber, ni se morían de debilidá. Llegó el inviernu y cuando se sentaban encima de la nieve también los quemaba. Por fin un día se jueron de estos montes por el mundo alante, pero les pasaba lo mesmu. En cuantu que se sentaban mataos de fatiga, golvía a quemalos el suelu. Y así diz que andan hasta el día del Juiciu Final.»

CAPAS DE TERCIOPELO

Tío Fermín García, ovejero de La Miña. Moreno, menudito, apacible. En las cuestas de Rulín y Llendejoso oímos de sus labios unas leyendas preciosas que tenemos el pensamiento de publicar en un tomito.

* * *

«En Ruente había unas anjanas que eran muy chicas y dormían las noches de primavera y veranu debajo de los jelechos. Por el inviernu se guarecían en los árboles que estaban huecos, onque diz que tenían palacios debajo de los montes, pero no querían vivir en ellos por hacer penitencia. Las anjanas eran muy reviejas y se casaban de mozas con los anjanos, que eran unos hombres muy güenos, muy gordos y muy bajos, que tenían tres ojos: dos en la cara que eran negros y el otru un pocu más arriba de la nuca, que era colorau. Las anjanas y los anjanos tenían unas hijas muy guapas y unos hijos muy nobles que cuando empezaban a ser viejos eran anjanos. Las anjanas tenían tesoros escondíos pa dáselos a las familias güenas que tuvieran

reveses y desgracias. Se vestían con una capa negra de terciopelu y gastaban unas sandalias que las hacían los anjanos de la piel de las comadrejas que aquí las llamamos bonucas. Los anjanos usaban unos vestidos de piel de osu y andaban descalzos. Diz que robaban el dineru a los ricos egoistas que no daban limosna y a los que tenían mucha avaricia. Lo que robaban se lo metían en las alforjas a los probes de los caminos mientras que dormían la siesta en las cunetas debajo de los árboles. Las hijas eran anjanas después de casase, y de mozas se apaecían a las muchachas enamorás que las despreciaba el noviu y las consolaban. Los hijos de una anjana se casaban con las hijas de otra anjana, y cuando eran mozos se apaecían a los muchachos enamoraos que no los quería la moza y también los consolaban. Las hijas se podían convertir en tórtolas, en palomas y en golodrinas y también en rosales, y los hijos en jilgueros, en conejos, en liebres y en laureles. Los sus padres se podían convertir en tos los animales na más que mirando al cielu y dijendu una palabra que na más que la sabían ellos. Cuando se casaba una anjana, bajaba a los palacios de los sus padres y se quedaba en ellos el matrimoniu hasta que pasaba el veranu. Los casamientos los hacían al empezar la primavera. Había otras anjanas que no se casaban nunca y vivían en unos palacios que estaban debajo de los remansos de los ríos. Estaban vestías con capas de seda que paecían de verdín y onque salían y entraban en el ríu no se mojaban nunca».

LA FLOR DE LA CUEVA.

«Un día jué un mozu muy tresnau y altu a cortar unos árboles, al monte de Ucieda, al ser de día. Al llegar al monte dió un jachazu a un árbol y tembló el mozu de los pies a la cabeza. Paez que el árbol se quejaba como una persona. Golvió a dar otru jachazu y golvió a temblar tou asustau. Se le cayó la jacha de las manos y se le encresparon los pelos como a los caballos cuando barruntan el lobu. Iba a echar a correr, pero salió del árbol otru quejíu y una voz muy triste que le decía:

—Soy una doncella
que está encantá.
Soy una doncella
que está enamorá.
Te daré muchas riquezas
si me quitas las tristezas
Te golveré enriquecíu
si ahora vas al ríu
y llamas con un palu
en el remansu del ríu.
Una anjana saldrá
y ella misma te dirá
lo que tienes que jacer
pa quitame el padecer.
Te daré muchos caudales
si me quitas estos males
y me güelves a mis padres
pa besalos y alegrales.

El mozu golvió al pueblu y se lo dijo a la su novia que se llamaba Rosaura con la que iba a casase aquella misma semana. La moza le dijo que hiciera lo que la doncella quería porque así serían ricos. El mozu jué al remansu del ríu que está cerca de la hoz de Santa Lucía y dio con el palu en el agua y el agua se abrió a los pocos istantes y salió una anjana muy guapa que tenía unos ojos azulaos y muy grandes. La dijo el mozu lo que le había pasau en el monte y la anjana que se había quedau sentá encima del agua le dijo:

—En una cueva entrarás
y andarás que te andarás,
y una flor encontrarás
brilla que te brillará
y aquí me la traerás
y a la moza desencantarás.

El mozu se golvió al monte y entró en una cueva que diz que iba a parar a Barcenamayor. Anduvo tou el santu día y toa la noche sin alcontrar la flor. Al otru día anduvo que te anduvo y ya no sabía cuando era de día ni cuando era de noche. No tenía hambre ni sé, pero se cansaba de tantu andar y tenía que acostase en el suelu que estaba muy humedecíu. Anda que te anda y la flor no paecía. Quiso golvese, pero como la cueva tenía muchos caminos pa un lau y pa otru, se perdió y no daba con la

salida. Viendo que no podía salir se puso a buscar otra vez la flor, pero no la veía brillar en la oscuridá como le había dichu la anjana del remansu. Ya tenía las barbas muy largas, lo mismu que las melenas de la cabeza. La ropa se le iba destrozando y tenía que ir descalzu porque las albarcas se le habían despeazau de tantu andar. Unas veces la cueva estaba muy humedecía y otras veces un pocu más seca. Quiso golvese muchas veces, pero no daba ni con la entrá ni con la salida. Una vez soñó que la su novia se casaba con otru mozu de Ruente que andaba detrás de ella cuando él la rondaba. El sueñu lu desconsoló y quiso buscar la salía, pero tampocu la alcontró. Las barbas y las melenas crecían y ya casi le llegaban hasta las rodillas y el brillar de la flor no le veía por ninguna parte. Cuando la barba le llegaba hasta los pies encontró la flor. La agarró locu de contentu y en seguida dió con la salía de la cueva. Echo a andar pa la casa de sus padres y llamó a la puerta. Salió un hombre que le preguntó lo que quería.

—Esta es la mi casa—dijo el mozu.

El viejo cerró la puerta y riéndose de él le dijo:

—Esti vieju está lelu. Vaiga, vaiga por el caminu...

De una correndía jué a la casa de la su novia y llamó a la puerta y salió una mujer a ver lo que quería.

—Güenas tardes, tía María. Ya salí de la cueva con la flor...

—Yo no soy tía María. Tía María se murió haz muchos años.

—Pues yo quiero ver a Rosaura, que es la mi prometía.

Y la mujer, que ya era muy vieja, le contestó:

—Rosaura soy yo y no le conozco. Y vaiga a otra puerta con la júmera... [1]

Paez que se golvía locu y na más que hacía mirar a una parte y a otra y después echó a correr como un demoniu. Se cayó en metá de una calleja, y una vieja que pasaba por allí le tapó con la su manta y le dió posá en el su pajar. Al otru día le cortó el hiju de la vieja las barbas y le arregló un pocu y juese al remansu del ríu. Llamó con el palu y salió la anjana y le dijo:

—Güen castigu recibiste
por el dañu que jiciste
a una moza que perdiste.

(1) Borrachera.

Y golvió a metese en el agua. El remordímientu le recomía las mismas entrañas. Antes de echase de novia a Rosaura, había síu noviu de una moza muy güena que se llamaba Mercedes y la dejó después de hacer burla de ella.

La anjana del remansu jué la que se convirtió en árbol y la que dijo que era doncella encantá pa castigar al mozu por el dañu que había hechu a Mercedes y pa que no se casara con Rosaura. Cuando golvió a casa de la vieja que le dió posá en el pajar, la preguntó con voz muy entristecía:

—¿Qué jué de Mercedes, aquella moza tan guapa?

—Mercedes soy yo, contestó la vieja...

—Pos yo soy Antonio...

—¡Juesús, Juesús!—dijo la vieja toa asustá.

Y empezó a gritar—¡Carpio, Carpio, hiju míu, mira al tu padre!...

Diz que los tres se abrazaron como si Antonio no los hubiera hechu dañu y vivieron contentos toa la vida, protegidos por la anjana que le castigó a estar cincuenta años debajo de la tierra y que diz que no le paecieron ni tan siquiera un mes»...

PÁJAROS CON PICO DE ORO.

Tía Pilar Verdeja, anciana renovera de Valdáliga. Las llantas de su carro anduvieron por casi todos los caminos de la Montaña, con cacareo de gallinas, balar de corderos y crujir del rodal caliente en las cuestas ásperas:

* * *

«Las anjanas son chicas como un jelechu y delgás como un recien nacíu. Diz que viven en las estrellas y que bajan por la noche pa consolar a los tristes y a los necesitaos. Se tapan con un mantu blancu como la misma nieve y gastan una picaya de plata con una cruz colorá en la rigüelta del palu. Andan por los caminos las noches de luna onque haiga vientos y fríos. Los sábados se ajuntan en una cotera y cantan esta letanía, al mismu tiempu que mueven la picaya de un lau pa otru sin tocar en la yerba del prau:

—Señor del vientu y del sol, mira por los desamparaos. Señor del truenu y del relámpagu, de la mies y del monte, de los niales y de las cuevas, castiga a las malas almas, acaricia a los tristes. Señor de los luceros y de las nubes, bendice las nuestras frentes y los nuestros corazones.

Después dan una güelta agarrás de la mano alredeor de la cotera y volan hacia las nubes en ringlera, seguías de unos pájaros blancos con picu de oru. El que coja unu de esos pájaros alcontrará al día siguiente una talega mu grande, mu grande de doblones relumbrantes, debajo de un nogal desmochau. Las anjanas viejas, que ya no pueden volar a las estrellas porque les faltan las juerzas, se quedan en los montes, onde tienen unas cuevas mu majas con muchas riquezas.

Si a la media noche vos alcontrais con daque anjana, no llorareis en toa la vida, ni tendreis hambre, ni dolores, ni malenconías hasta la misma hora de la muerte. Los crios del vuestru casoriu, serán agudos y nacerán con una cruz en el cielu de la boca pa curar la avaricia y las envidias. Las mozas despreciás por los sus novios pueden aliviar la su pesadumbre y golver al mozu rebecu a los caminos güenos y verdaeros. Pa ello tien que ir al monte cuando haiga luna llena y decir esta jaculatoria una docena de veces agarrá con la mano zurda a un roble de los más esmirriaos: — «Anjana, anjana de la güena suerte, líbrame de las penas y de la mala muerte. Anjana, anjana de los luceros, güélveme al mozu que yo yantu quiero. Anjana, anjana de la güena caridá, ten compasión de mí, ten un pocu de piedá. Llévale al corazón el mi cariñu, quítame las penas y las acongojas, anjana blanca de las estrellas—».

Enseguida se apaez la anjana arrodeá de una luz relumbrante que se va apagando pocu a pocu. La moza se pon de rodillas, la besa la cruz de la picaya y un picu del mantu y ya está hechu el milagru. El mozu desamoricau golverá a la ventana a decir zalamerías a la muchacha ampará por la anjana. La moza tendrá que ponerse seriona unos cuantos días pa enrecelale y hacele morder más reciu la concencia.

Si quereis que la anjana vos aparte de los peligros, teneis que quedavos una noche encima de la nieve, dijendo sin parar esti rezu:

—«Que ajuyan los lobos de los mis caminos, que se tapen las torcas, que ajuyan los osos».

Hay también anjanas malas. Están vestías con una capa negra con pespuntes coloraos, como las alas del diablu. Los ojos son verdes y la cara amarilla, con salpicauras azules. Gastan una picaya negra, de yerru y cojean un pocu al andar. Estas son las anjanas malas, las anjanas maldecías que nadie sabe onde viven, onque yo barrunto que en los mismos infiernos.

Las personas que las encuentre a la media noche se morirán al mes justu y cabal, a la misma hora. Estas anjanas son las que plantaron las ortigas y los escajos y las que abrieron las torcas falsas en los montes. Diz que no son amigas de las personas que dan limosna a los probes y posá al peregrinu. Van seguías de cuervos y murciélagos y dan unos gemíos que paecen de vacas espeñás...

NIEVE Y FUEGO.

«Una vez iba un probe muy requeteprobe por un caminu del monte cuando más nevaba. El probe casi no podía endar porque ya era muy vieju y se le enterraban los pies en la nieve. Llegó la noche y no paraba de caer nieve que ya tapaba los caminos. El probe vieju se perdió y ya no sabía onde se encontraba. Muertu de pena empezó a andar un pocu más de prisa y vió una luz en lo altu de un monte chicu y crió que era daque cabaña. Llegó a lo altu del monte y ya no se veía la luz ni había ninguna cabaña, como si to hubiera síu una fantasía de los sus ojos. Cuando iba a bajar de la cotera pisó en una torca que estaba escondía por la nieve y empezó a caer por la torca abajo. El miedu le hizu perder el sentíu y cuando golvió en sí se alcontró en un cuartu muy lujosu y acostau en una cama de seda y de terciopelu y una güena lumbre debajo de una campana de cristal. Al su lau estaba una moza chicuca y muy maja. Era una anjana que tuvo lástima del vieju y puso una luz en la cotera pa que juera allí y se caera por la trampa al su palaciu. Después de unos cuantos días, la anjana se hizo un pocu más grande, se vistió de señora y llevó al probe a un pueblu onde le compró una güena casa y

tierras y praos pa gobernase. El probe se hizo ricu con lo que le dió la anjana. Una noche de nevá llamó un probe a la su puerta y por no levantase de la cama pa abrir la puerta, no le dió posá. A la otra noche llamó otru y tampocu le abrió. A la otra noche golvió a llamar otru probe y por no levantase por el fríu, tampoco le dió posá. Al pocu ratu ardía toa la casa y toa se quemó, lo mismu que las vacas y los rebaños y las talegas onde tenía el dineru. Y se quedó otra vez probe por desagradecíu. Cogió otra vez el sacu y el palu, y a pedir limosnas por las puertas. Así le castigó la anjana.»

UNA ESTRELLA EN UN BÁCULO.

(Lamasón).—Luis Mantecón, maestro de escuela sin título de Normal. Culto, muy montañés, muy optimista, anduvo por los pueblos enseñando en los portales, en los pórticos, en las campas debajo de los robles. A él debemos estos interesantes datos acerca de las anjanas de aquella pintoresca parte de la Montaña.

* * *

«Las hechiceras de Lamasón eran cenceñas, demacradas, morenas y tristes. Los ojos eran grandes y melancólicos y negra la cabellera. Se apoyaban en una cachaba nudosa a guisa de báculo, que tenía una estrella—resplandeciente de noche—en la vuelta del palo. Sus moradas eran subterráneas y descendían a ellas levantando las lastras que escondían la entrada. Estaban dotadas de fuerzas prodigiosas y siempre las empleaban en favor de los necesitados, de los leñadores caídos debajo del árbol, de los viejos que no podían con la carga, de las niñas que se fatigaban con los cántaros, con los coloños, con los calderos. No tenían tesoros, ni regalaban sedas, ni corales, ni lienzos. Sus mercedes eran espirituales. La estrella de la cayada enseñaba el camino a los peregrinos extraviados y a los pastores perdidos en la niebla. La persona desventurada llena de cuitas y de pesadumbres, que tuviera la suerte de ver la estrella de las anjanas al rayar el día, enervaría sus penas y sería feliz.

Leyendas.—Una anjana, ayudada de su báculo, a guisa de

palanca, levantó un árbol corpulento que había caído en un río y desviaba la corriente inundando las praderas, en pleno estío. Otra quebró las cadenas de un hombre inocente, cautivo «en la torre de un palacio.»

Variantes.—De estas mismas anjanas con características análogas—íntimas y externas—hemos oído hablar a varios ancianos de Obeso y Cabrojo y en algunos pueblos de Polaciones y Peñarrubia, con la ligera variante de que la estrella del báculo se troca en farol prodigioso, que tiene un color distinto de luz para cada día de la semana.

En el pueblo de Mercadal (Valle de Reocín), nos hablaron vagamente de unas anjanas que habitaban las ruinas. Sus características guardan estrecha analogía con las de Polaciones, a pesar de estar tan separados ambos valles.

HILANDERAS.

(Virtudes González).—«Por los montes del valle de Herrerías andaban por las noches unas mujeres que las llamaban las anjanas, que estaban vestías con una capa del color de la ceniza y calzás con escarpines blancos que hacían de la lana de las ovejas que se queda entre los escajos. Siempre llevaban en las manos una rueca encarná y no paraban de hilar. Las madejas que hilaban por la noche las dejaban al amanecer en los portales de los vecinos probes, con algún bolsillu de dineru, pos eran muy ricas y tenían arcas llenas de riquezas en los sitios onde vivían, que nadie sabía onde estaban. Las anjanas eran muy altas y muy recias y más guapas que las mozas más guapas. Muchos días se vestían como de renoveras y compraban en los pueblos la lana de los rebaños que es lo que regalaban a los probes. Nadie sabía onde pasaban los días.»

De estas mismas anjanas, con la variante de que en vez de llevar ruecas llevaban una campanilla de oro, nos hablaron en Ubiarco. La anjana tañía la campanilla y a cada golpe del majuelo [1] caían perlas que nada más podían encontrar las doncellas y los niños.

(1) Badajo.

Al inolvidable y cultísimo erudito y folklorista don Manuel Hoyos, bondadoso amigo y maestro, le hablaron de estas anjanas en Virgen de la Peña y en Ruiseñada, con la variante —en estos dos pueblos— de que la capa en vez de ser cenicienta era amarilla.

ESPIGAS.

Las brujas de algunos pueblos de Valderredible tienen parecidísimas características que las anjanas. El mismo vestido, el mismo espíritu, idénticas costumbres y misericordias.

Gustan del sosiego de las ruinas, de la paz de los caminos apartados, de las riberas de los arroyos.

No llevan báculo, ni ruecas, ni campanillas. Espigas rubias de trigo en los cabellos negros, en la cintura a manera de cíngulo, en la frente a guisa de corona. Andan descalzas y siembran la felicidad y la riqueza en los hogares tristes y desvalidos.

LAS IJANAS DEL VALLE DE ARAS.

Las «ijanas» del pintoresco valle de Aras, pródigo en romances y leyendas, son completamente distintas a las demás de la provincia. Pícaras, revoltosas, inquietas, golosas, burlonas como el duendecillo de los pueblos montañeses que limitan con Asturias. Vivían en las cuevas y a veces bebían de bruces en los arroyos cristalinos, en las fuentes de las montañas, en los remansos... No hemos podido averiguar el color y la forma de su vestido. En este aspecto existen contradiciones singulares, como verá el lector. Unos afirman que andaban semi-desnudas y que sus cabellos rubios las cubrían todo el cuerpo, sirviéndolas de brial. De la cintura hasta las rodillas llevaban un lienzo de color extraño. Otras versiones recogidas por nosotros dicen que vestían una especie de hábito de una tela de idéntica aspereza y color que «los sacos».

Según otra versión, las ijanas usaban una capa negra con un cinturón de oro. Todas tenían un pecho descomunal que echaban sobre el hombro derecho y les caía sobre las espaldas.

EL CURA Y LAS IJANAS.

Hemos logrado conseguir esta interesante versión que demuestra la travesura de estas ijanas:

—«Las cuevas de las ijanas está al fondo de una cañada, al pie del monte llamado de la Iglesia, en San Panteleón de Aras, Junta de Voto. Eran conocidísimas en el pueblo, donde todas las gentes las respetaban y las temían, menos el señor cura que se burlaba de ellas, por lo que se hizo acreedor a sus antipatías. El señor cura habitaba una casa llamada la Quintana, próxima a la cueva. En cuanto el sacerdote salía de casa, penetraba en ella la ijana y le revolvía los muebles, le comía la puchera, dejaba esparcidos por todas las habitaciones los botijos, los calderos, las ollas, las sartenes, los cacharros, las trébedes y no dejaba cosa en su sitio.

En una ocasión el señor cura preparó la matanza de un cerdo. El hombre encargado de la matanza no encontró en su casa el cuchillo. Se dirigió a la del párroco y tampoco encontraron el cuchillo. En todo el pueblo no pareció un cuchillo. Todos habían desaparecido. Las ijanas cargaron con la culpa de haber hurtado todos los cuchillos para vengarse de las burlas del señor cura.

Al día siguiente encontraron un cuchillo en un pueblo cercano y se verificó la matanza haciéndose las morcillas acostumbradas, que colgaron en una vara de la cocina para que se «curaran». El sacerdote fué a decir misa y al regresar se encontró con la terrible sorpresa de que habían desaparecido todas las morcillas. Ocupaban su lugar, colgados de la larga vara, las sotanas, los manteos, los alzacuellos, los bonetes, etc.

Algunos vecinos vieron al día siguiente a una ijana hartándose de agua en un arroyo y aseguraban que había engordado de un modo peregrino con el festín de las morcillas.

De nada le valía al señor cura cerrar las puertas y las ventanas cuando dejaba la casa sola. Todas las precauciones eran completamente ineficaces. Al volver se encontraba con todas las habitaciones revueltas y la alacena vacía.

Un día se enfadó mucho y mandó a un vecino que amontonará carros y carros de rozo a la entrada de la cueva y que lo prendiera fuego. Cuando todos los vecinos creían que las ijanas habían perecido abrasadas, se encontraron un amanecer, a los pocos días, con enormes cantidades de rozo tapando las puertas y las ventanas de la casa del sacerdote y las de la casa del vecino que prendió fuego al rozo de la entrada de la cueva. Dicen que ellas no prendíeron fuego al rozo que tapaba la puerta del párroco porque no encontraron a mano un tizón o un pedernal y un poco de yesca.

Hace años, en la época de la matanza, los vecinos hacían votos porque no les sucediera lo que al señor cura con la pícara y vengativa ijana.»

UN OJO EN LA FRENTE.

Castillo. (Siete Villas).—En un cerro situado en las proximidades de la Torre de Venero que los habitantes de aquellos pueblos denominan la Venera, existe una cueva, que como de casi todas las cuevas cántabras donde la fantasía popular ha puesto sus superticiones y sus medrosas inquietudes, se dice que carece de fondo.

En la mencionada cueva vivió [1] una anjana qne tenía un ojo en la frente, como el ojáncano. Esta es la única versión que nos ha sido posible recoger de esta feminidad mitológica en aquella pintoresca parte de la Montaña.

Nuevas y más pacientes investigaciones que tenemos el propósito de iniciar en breve en aquellos pueblos, pródigos en leyendas y en tradiciones de otra naturaleza, quizá nos lleven a dar con las costumbres y demás características de esta anjana.

BRUJAS BUENAS.

En algunos pueblos de Soba, Campóo y Trasmiera, nos han hablado de brujas buenas, que sin la denominación de anjanas,

(1) Nos dicen.

tienen parecidas características espirituales y externas. Unas tienen tesoros escondidos; otras lavan la ropa a las ancianitas temblorosas que se fatigan, hincadas en piedra, a la orilla del río. Otras «aquedan» el ganado de los pastores viejos cuando corre rebelde por el monte, y limpian los huertos de las madres de muchos hijos.

Hay una leyenda—ingenua y amorosa leyenda—que habla de una bruja bondadosa que empujaba del arado de un viejo labrador, abriendo el surco, mientras el anciano tomaba la sombra en la linde, debajo de unos salces.

También las hay que tienen la virtud de ahuyentar los peligros y de hacer suaves los caminos de la sierra para los leñadores y los ovejeros decrépitos.

En Toranzo recogimos una versión según la cual las brujas buenas llevaban en la diestra una bolsa de cuero llena de dinero para remediar las necesidades que encontraban en el camino.

Este dinero le hurtaban de los mostradores y de los molinos cuyos propietarios cobraban precios excesivos o maquilas exageradas.

Nuestro inolvidable amigo el cultísimo y bondadoso folklorista don Manuel Hoyos, nos habló en cierta ocasión de una bruja buena, de la que a su vez le habían hablado a él en Vispieres, pueblecito situado entre Puente San Miguel y Santillana del Mar.

La aludida bruja vestía una capa de color encarnado intenso y paseaba por las amplias praderas de Vispieres todas las noches de luna. También calzaba sandalias de piel de comadreja y asía un cayado de oro con regatón de plata, que siempre estaba limpio aunque tocara pozas y barros.

Esta bruja tenía la virtud de matar a los milanos con sólo mirarlos. Era una viejecita encorvada, y descolorida que se hacía invisible cuando algún curioso o atrevido se acercaba a la pradera por donde gustaba de pasear.

UNA CRUZ EN LA FRENTE

Cabuérniga.—Josefa Gómez. Una vieja enlutada, amable,

con ínfulas de curandera en sus buenos tiempos y amiga de la rueca en las hilas inolvidables donde cantaban o reían las leyendas y los romances:

«Por los montes andaban haz muchos años unas mujeres que tenían una cruz en la frente y que vestían una chambra de color de rosa muy larga y una saya muy blanca que la tapaba hasta los pies. A estas mozas, que no se ponían nunca viejas, las llamaban las Janas. Por la noche se quedaban en los pajares de los invernales o en los santucos [1] que están en las orillas de los caminos. Tenían los dientes coloraos y los ojos muy negros y hacían el oro y la plata de los morrillos redondos de los ríos pa regaláselos a las mozas casamenteras y a los viejos que no podían valese. También hubo otras anjanas muy güenas, pero muy lambionas, que ordeñaban a las vacas y a las ovejas y a las cabras cuando los pastores se descuidaban.»

No hemos podido encontrar ninguna leyenda relacionada con las Janas de Cabuérniga.

LAS MORAS.

En Carmona y Ríonansa existe una peregrina leyenda, según la cual los moros derrotados en Covadonga se refugiaron en las montañas próximas a estos pueblos, donde permanecieron por espacio de algunos meses.

Llegó un día en que les faltó el alimento y hurtaban las ovejas y las cabras que pacían en las brañas. Las mujeres árabes bajaban los domingos a los pueblos mientras la gente oía misa y se llevaban las boronas que las aldeanas dejaban cociendo en los lares. Para evitar estos robos se ponían en el lar losas redondeadas en vez de masa, cubiertas de ascuas. Las moras cargaban con las losas y se abrasaban las manos sin soltar lo que ellas creían tortas de maíz. Dice la leyenda que lanzaban gritos desgarradores mientras subían por el monte en busca de las cuevas donde hicieron posada.

A estas mujeres se las denomina también con el nombre de anjanas en los pueblos indicados. La leyenda de estas anjanas la hemos recogido en nuestra novela «El Sol de los Muertos.»

(1) Humilladeros.

LA ÚLTIMA ANJANA.

(Tío Nisio Díaz, Pastor).—«La última anjana se jué al cielu haz muchísimos años. Las otras se cansaron de bregar con el desagradecimientu de las personas y volaron hacia'rriba pa no golver a bajar más. Pero hubo una que quiso quedase hasta que no pudiera tenese de vieja. Y al cabu del tiempu tuvo que ise como las otras. El día que subió al cielu estuvo nevando tou el día, y eso que era en el mes de agostu...»

MANUEL LLANO.